

## Linda Delgado, excristiana, Estados Unidos

(parte 1 of 2)



Hace unos cinco años, yo era cristiana y tenía 52 años de edad. No me hice miembro de ninguna iglesia cristiana, pero toda mi vida había estado buscando la verdad. Asistí a muchas iglesias y estudié con sus profesores. Todas se quedaron cortas y no reconocí a ninguna como la que decía la verdad sobre Al-lah. Desde que tenía 9 años, había leído la Biblia todos los días de mi vida. No puedo decirte, a lo largo de tantos años, cuántas veces busqué la verdad.

Durante los largos años de mi búsqueda de la verdad, estudié con muchos credos religiosos. Durante más de un año estudié dos veces a la semana con un sacerdote católico, pero no pude aceptar las creencias católicas. Dedicué otro año estudiando con los Testigos de Jehová y no acepté sus creencias tampoco. Pasé dos años con los mormones, y aún no hallé la verdad. Tenía una amiga judía y tuvimos muchas discusiones acerca de las creencias de los judíos. Asistí a muchas iglesias protestantes, algunas durante meses a la vez, tratando de encontrar respuestas a mis preguntas.

Mi corazón me decía que Jesús no había sido Dios sino un Profeta. Mi corazón me decía que Adán y Eva eran responsables de su pecado, no yo. Mi corazón me decía que debía rezarle a Dios y a nadie más. Mi razón me decía que yo era responsable de mis actos buenos y malos, y que Dios nunca asumiría la forma de un hombre para decirme que yo no era responsable de ellos. Él no tuvo necesidad alguna de vivir y morir como humano, después de todo, Él es Dios.

Así que ahí estaba yo, llena de preguntas y orando a Dios por ayuda. Tuve un temor real de morir sin conocer la verdad. Oré y oré. Recibía respuestas de pastores y sacerdotes como “esto es un misterio”. Sentía que Dios quería que la gente fuera al cielo, de modo que Él no podía hacer que fuera un misterio el cómo

llegar allí, cómo vivir la vida correctamente, y cómo entenderlo a Él. Sabía en mi corazón que todo lo que estaba escuchando era falso.

Vivo en Arizona, Estados Unidos, y a la edad de 52 años nunca había hablado con un musulmán. Al igual que muchos occidentales, había leído mucho en los medios acerca de que el Islam es una religión fanática de terroristas, así que nunca investigué en ningún libro información sobre el Islam. No sabía nada sobre esta religión.

## **Mi descubrimiento**

Hace unos cuatro años, me retiré después de servir durante 24 años como oficial de policía. Mi esposo se retiró también como oficial de policía. El año anterior a mi retiro, yo seguía siendo sargento/supervisora de policía. Los oficiales de policía en todo el mundo tienen un lazo en común que llamamos hermandad de las fuerzas de la ley. Siempre nos ayudamos unos a otros sin importar el departamento de policía o el país.

Ese año recibí un volante que pedía ayuda con un grupo de oficiales de policía de Arabia Saudita que había venido a los Estados Unidos a aprender inglés en una universidad local y a asistir a una academia de policía en la ciudad en la que yo vivo. Los oficiales de policía sauditas estaban buscando hogares donde vivir con familias que los acogieran, para así aprender las costumbres estadounidenses y practicar el inglés que estarían aprendiendo.

Mi hijo estaba criando a mi nieta como padre soltero. Le ayudamos a encontrar una casa al lado de la nuestra para así poder ayudarle con la crianza. Hablé con mi esposo y decidimos que sería bueno ayudar a estos oficiales de policía. Sería una oportunidad para que nuestra nieta conociera gente de otro país. Me dijeron que los jóvenes eran musulmanes y tenía mucha curiosidad al respecto.

Un intérprete saudita de la Universidad Estatal de Arizona trajo a un joven llamado Abdul para que nos conociera. Él no podía hablar inglés. Le mostramos una habitación y un baño, que sería suyo cuando se quedara con nosotros. Me gustó Abdul de inmediato. ¡Sus modales respetuosos y amables ganaron mi corazón!

Luego, trajeron a Fahd a nuestra casa. Era más joven y tímido, pero era un joven maravilloso. Me convertí en su tutora y compartimos muchas discusiones acerca del trabajo policial, los Estados Unidos, Arabia Saudita, el Islam, etc. Yo observaba cómo ellos se ayudaban unos a otros y también los otros dieciséis oficiales de policía sauditas que vinieron a los Estados Unidos a aprender inglés. Durante el año que estuvieron aquí, llegué a respetar y admirar a Fahd y a Abdul por no dejar que la cultura estadounidense tuviera ningún impacto sobre ellos. Ellos iban a la mezquita los viernes, hacían sus oraciones sin importar cuán cansados estuvieran, y siempre eran cuidadosos respecto a lo que comían, etc.

Ellos me enseñaron cómo cocinar algunos platos tradicionales sauditas y me llevaron a mercados y restaurantes árabes. Eran muy amables con mi nieta. Le daban regalos, le hacían bromas y le ofrecieron su amistad.

Ellos nos trataron a mi esposo y a mí con mucho respeto. Todos los días, ellos llamaban para ver si necesitaba que fueran al supermercado por mí antes de irse a estudiar con sus compañeros oficiales sauditas. Les enseñé a usar el computador, pedí periódicos en línea y comencé a investigar en internet para aprender más de ellos, sus costumbres y su religión. No quería hacer nada que pudiera ofenderlos.

Un día, les pedí si tenían un Corán que pudieran facilitarme. Quería leer lo que tenía que decir. Ellos escribieron a su embajada en Washington DC, que me envió una traducción del Corán al inglés, grabaciones y otros panfletos. A petición mía, comenzamos a discutir sobre Islam (ellos tenían que hablar inglés y esto se convirtió en el centro de nuestras sesiones de tutoría). Llegué a amar a estos jóvenes y ellos me dijeron que yo era la primera persona no musulmana a la que alguna vez le habían enseñado sobre el Islam. Después de un año, completaron sus estudios y comenzaron su entrenamiento en la academia de policía. Tuve la oportunidad de ayudarlos con sus estudios policíacos, ya que había sido instructora de policía durante mi carrera como oficial. Invité a muchos de sus hermanos oficiales a la casa para ayudarlos con sus proyectos universitarios y para practicar el inglés. La esposa de uno de ellos había llegado para quedarse en los Estados Unidos, y fui invitada a su casa. Ellos eran muy atentos y pude hablar con su esposa sobre la vestimenta musulmana, las abluciones para la oración y cosas similares.

Una semana antes de que mis “hijos adoptivos” regresaran a su hogar en Arabia Saudita, organicé una cena familiar con todas sus comidas tradicionales favoritas (compré algunas porque no sabía cómo cocinarlas todas). Compré un *hiyab* y una *abaya* (vestido largo islámico). Quería que regresaran a sus hogares recordándome vestida apropiadamente como hermana musulmana. Antes de comer, dije la *Shahadah* (declaración pública de fe). Los muchachos lloraban y reían y fue muy especial. Creo de corazón que Al-lah envió a estos muchachos en respuesta a mis años de oraciones. Creo que Él me escogió para que viera la verdad a la luz del Islam. Creo que Al-lah envió el Islam a mi propia casa. Lo alabo por Su misericordia, Su amor y Su bondad hacia mí.

## **Mi viaje en el Islam**

Mis hijos sauditas regresaron a su tierra natal alrededor de una semana después de mi conversión. Los extrañaba mucho, pero todavía era feliz. Me había unido a la mezquita local como miembro casi inmediatamente después de mi conversión y me registré como musulmana. Estaba esperando una cálida bienvenida por parte de mi nueva comunidad musulmana. Pensé que todos los musulmanes eran como

mis hijos sauditas y los otros oficiales sauditas que había conocido y con los que había pasado tiempo durante el año anterior.

¡Mi familia aún estaba en estado de shock! Ellos pensaban que me quedaría con esta religión por un tiempo, me desagradaría, y pasaría a otra religión, como había hecho durante toda mi vida adulta. Ellos se sorprendieron con todos los cambios que comencé a hacer en mi vida diaria. Mi esposo es un hombre agradable, así que cuando le dije que íbamos a comer solo alimentos *halal* y a eliminar los alimentos *haram* (prohibidos), dijo: “Está bien”.

Mi siguiente cambio fue quitar todas las imágenes de personas y de animales de las habitaciones de la casa. Un día mi esposo llegó del trabajo y me encontró poniendo las fotos que una vez había colgado en las paredes de nuestro hogar, en grandes álbumes fotográficos. Él observó sin decir nada.

Luego le escribí una carta a mi familia no musulmana, diciéndoles acerca de mi reversión y cómo esto cambiaría y cómo no cambiaría nuestras relaciones familiares. Les expliqué un poco sobre los fundamentos del Islam. Aunque mi familia mantuvo su propio consejo, yo continué trabajando en aprender a orar y a leer mi Corán. Me hice activa en grupos de hermanas en internet y esto me facilitó el aprendizaje sobre mis nuevas creencias.

## (parte 2 of 2)

También asistía a la clase sobre “Fundamentos del Islam” en la mezquita cuando podía dejar mi trabajo. Todavía era sargento de la policía estatal y era difícil, no, imposible de cubrir. Esto se convirtió en fuente de verdadero descontento y preocupación para mí. Solo me quedaban ocho meses y podría retirarme, así que pedí y se me concedió el derecho de trabajar desde mi casa tres días a la semana, planeando e investigando proyectos.

Después de pasados seis meses, las hermanas de la mezquita a la que asistía aún no me habían acogido. Me sentí decepcionada. Comencé a sentirme como una extraña. Estaba perpleja y preocupada. Traté de hacerme activa en los servicios de la comunidad con algunas hermanas que habían sido amistosas conmigo. Busqué la bondad, amistad y los buenos modales que eran practicados todos los días por mis hijos sauditas. Cometí muchos errores en la mezquita, como hablar en la sala de oración al tratar de ponerme de pie o agacharme. Fui a una celebración de la comunidad y comí con mi mano izquierda, y llevaba las uñas pintadas con esmalte, así que me regañaron. Hice *wudú* (ablución) de modo incorrecto y me miraron mal. Estaba muy desanimada.

Entonces, un día recibí un paquete por correo de una amiga-hermana que había conocido en internet. En el paquete venían varias *abayas*, *hiyabs*, medias de seda, y una nota cálida y amistosa de bienvenida como hermana en el Islam. Ella vive en

Kuwait. Luego, una hermana querida me envió un tapete para rezar y un manto de oración que ella misma había hecho a mano. Esta querida hermana vive en Arabia Saudita. Recibí también un correo electrónico con una frase que siempre recuerdo cuando me siento como una “extraña”. La nota decía: “Estoy feliz de haberme hecho musulmana antes de conocer a muchos musulmanes”. Esto no es un insulto. Es un recordatorio de que el Islam es perfecto, pero nosotros los musulmanes somos imperfectos. Así como tengo defectos, también los tienen mis hermanos y hermanas. También comencé a entender aquello que creo personalmente que es uno de los grandes regalos que Al-lah ha dado a los musulmanes: la hermandad en el Islam.

En los últimos cuatro años, mi vida ha cambiado dramáticamente. Mi familia ha llegado a aceptar con generosidad y tolerancia que soy musulmana y que seguiré siéndolo. Todas las gracias son para Al-lah por librarme de las pruebas que muchos conversos tienen que enfrentar con una familia que se esfuerza por disuadirlos del Islam.

Poco a poco, he hecho amistad con algunas hermanas locales y también en el ciberespacio, docenas de amigas-hermanas han llegado a mi familia musulmana brindándome apoyo, amor y amistad. Cuando estaba cerca de cumplir mi primer año como musulmana, me enfermé de una serie de enfermedades graves que amenazaron mi vida. Me aferré fuertemente a la cuerda del Islam y estaba agradecida por el té de semillas negras y el agua de ZamZam que mis amigas-hermanas me enviaron de todo el mundo junto con sus *duás* (súplicas) diarias.

A medida que mi salud siguió fallando, me debilité físicamente cada vez más, y tuve que dejar mi trabajo en el servicio comunitario, con lo que terminé aislándome de la comunidad musulmana local. Continué esforzándome duro en mi oración, teniendo muchas dificultades con la pronunciación en árabe, pero sin darme por vencida. Mi profesora de Islam grabó algunos casetes y una hermana los trajo a mi casa para ayudarme. Después de dos años, había aprendido a recitar cuatro *suras* (capítulos) del Corán. Esto puede parecer muy poco para la mayoría de los musulmanes, pero para mí fue un logro enorme. Me puse a aprender las palabras de otras partes de la oración, fueron otros dos años de esfuerzo.

Durante la primera parte de mi tercer año como musulmana, sufrí un ataque cardíaco y me hicieron una cirugía del corazón. Fue una época triste para mí, pues sabía que nunca volvería a tocar el suelo con mi cabeza para rezar, sino que siempre tendría que hacer la oración sentada en una silla. Fue en esa época que entendí realmente la disposición de Al-lah de que el Islam es la religión de la facilidad. Rezar mientras estoy sentada en una silla es aceptable, no ayunar cuando uno está enfermo es aceptable. No tengo que sentirme menos musulmana debido a estas circunstancias.

Después de visitar varias mezquitas y observar que eran como mini Naciones Unidas, comencé a ver que los pequeños grupos dentro de la mezquita estaban formados principalmente debido al idioma y la cultura, y no debido al gusto o disgusto de ninguna persona. Me sentí bien de que a pesar de esas diferencias, siempre podía contar con una sonrisa y un “*as-salamu alaikum*”.

Después de un tiempo, comencé a estar más atraída hacia las hermanas que se habían revertido al Islam como yo. Tenemos mucho en común: experimentamos muchas de las mismas pruebas, como los miembros no musulmanes de la familia, la dificultad para pronunciar el árabe, estar solas en las celebraciones musulmanas, y no tener un miembro de la familia con quién romper ayuno en Ramadán. A veces nuestras reversiones implican perder amigos de toda la vida que simplemente no pueden aceptar nuestros nuevos hábitos, o debido a nuestro abandono de actividades comunes a los no musulmanes, como bailar y estar en grupos mixtos.

Al verme obligada a dejar los servicios comunitarios, busqué alguna forma de contribuir a la gran comunidad musulmana. Continuamente le pedía a Al-lah Su ayuda en esto. Un día, mi joven nieta me sugirió que escribiera libros sobre mis hijas sauditas, el Islam, y la experiencia de mi familia con el Islam. Decidí escribir los libros e incluir historias sobre un grupo de muchachas jóvenes, tanto musulmanas como no musulmanas, que eran amigas. Las historias incluirían los problemas encontrados por las jóvenes en la escuela y en la casa, y usaría mi conocimiento del Islam como guía para los personajes de los libros.

Comencé a escribir una serie de libros que llamé “Libros islámicos rosa”. Creé un grupo electrónico para hermanas autoras y aspirantes a escritoras, y esto desembocó en la creación de la Alianza Islámica de Escritores. La Alianza es una organización internacional creada para proporcionar apoyo a autoras musulmanas y aspirantes a escritoras. Nuestro objetivo principal es ayudarnos mutuamente a promover nuestras obras entre lectores y editores. También decidí ayudar a dos bancos de alimentos musulmanes creando bases de datos que los ayudan a mantener su inventario, clientes y contactos, y a crear los reportes necesarios para efectos de financiación. Decidí que gastaría una gran porción de los beneficios de las ventas de mis libros para comprar libros islámicos para bibliotecas infantiles. He descubierto que muchas de dichas bibliotecas tienen un montón de estantes vacíos a donde pertenecen los libros islámicos.

Todavía tengo mucho que aprender sobre el Islam. Nunca me canso de leer el Corán y uno de mis pasatiempos favoritos es leer sobre personajes históricos y prominentes del Islam. Cuando no estoy segura sobre algo en el Islam, miro en la Sunnah del Profeta, la paz sea con él. Veo la forma en que él respondía a las situaciones y uso eso como mi guía. Mi viaje en el Islam continuará, y espero que con muchas nuevas experiencias. Agradezco a Al-lah a diario por Su Misericordia y Amor.

